

24.º domingo ordinario B



Esto pasa con la fe: si no tiene obras, está muerta por dentro. (St 2,17)

Primera lectura

Isaías 50,5-10

En aquellos días dijo Isaías: – El Señor Dios me ha abierto el oído; y yo no me he rebelado, ni me he echado atrás. Ofrecí la espalda a los que golpeaban, la mejilla a los que mesaban mi barba. No oculté el rostro a insultos y salivazos. Mi Señor me ayudaba; por eso no quedaba confundido, por eso ofrecí el rostro como pedernal, y sé que no quedaré avergonzado. Tengo cerca a mi abogado: ¿quién pleiteará contra mí? Vamos a enfrentarnos: ¿quién es mi rival? Que se acerque. Mirad, mi Señor me ayuda: ¿quién probará que soy culpable?

Segunda lectura

Santiago 2,14-18

Hermanos míos y hermanas mías: ¿De qué le sirve a uno decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Es que esa fe lo podrá salvar? Supongamos que un hermano o una hermana andan sin ropa y faltos del alimento diario, y que uno de vosotros les dice: "Dios os ampare; abrigaos y llenaos el estómago", y no les dais lo necesario para el cuerpo; ¿de qué sirve?

Esto pasa con la fe: si no tiene obras, está muerta por dentro. Alguno dirá: – Tú tienes fe y yo tengo obras. Enséñame tu fe sin obras, y yo, por las obras, te probaré mi fe.

Evangelio

Marcos 8,27-35

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de Cesarea de Filipo; por el camino preguntó a sus discípulos: – ¿Quién dice la gente que soy yo?

Ellos le contestaron: – Unos, Juan Bautista; otros, Elías, y otros, uno de los profetas.

El les preguntó: – Y vosotros, ¿quién decís que soy?

Pedro le contestó: – Tú eres el Mesías.

El les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y empezó a instruirlos: – El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser condenado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar a los tres días.

Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Jesús se volvió, y de cara a los discípulos increpó a Pedro: – ¡Quítate de mi vista, Satanás! Tú piensas como los hombres, no como Dios.

Después llamó a la gente y a sus discípulos y les dijo: – El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Mirad, el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por el Evangelio, la salvará.

Meditación

Este trozo representa un punto central en la teología del segundo evangelio, o sea una cristología del hijo del hombre contra una cristología y una eclesiología triunfalista, inspirada en un concepto político-imperialista del mesías.

Jesús opera una clara separación entre la opinión popular y la de los discípulos. La gente hacía mil hipótesis a propósito de la identidad de Jesús. En los libros sagrados del judaísmo tardío se hablaba frecuentemente de la reaparición de los grandes personajes que habían marcado de alguna manera la historia religiosa de Israel.

La respuesta de Pedro es tajante: para él Jesús es el mesías; no se trata, por lo tanto, de uno de los personajes precursores o secundarios, sino del que ha sido esperado por tantas generaciones del pueblo de Dios. Aquí acaba la primera parte del relato. Pedro, representante de la comunidad, reconoce expresamente en Jesús al mesías, o sea el personaje central de la historia de la salvación. Pero después de la confesión de Pedro, Jesús quiere evitar una interpretación triunfalista de la cristología y de la eclesiología.

Efectivamente, Pedro no logra comprender la cristología del hijo del hombre y, tomando aparte Jesús, "empezó a regañarle". Jesús reprocha violentamente a Pedro y le dice: "fuera de aquí, satanás, porque tienes la mentalidad de los hombres, no la de Dios". Esto presupone la existencia de una cristología "satánica", o sea una cristología que presenta a Jesús como sacerdote poderoso, o también como aliado del poder político. Lógicamente a esta cristología satánica corresponderá también una eclesiología satánica, o sea la presentación de la Iglesia como comunidad de poder sacerdotal o al menos como comunidad sacerdotal aliada con el poder.

Jesús está diciendo aquí una cosa muy concreta: desgraciadamente es connatural en el hombre el deseo del poder; y esto explica que los mismos discípulos no entiendan la función profética de Jesús y la confundan con una posible tarea de liderazgo político.

Por eso, Jesús habla de la "cruz": era la suerte que les tocaba a todos aquellos que no bailaban al ritmo del poder establecido y simultáneamente hacían de él una fuerte crítica. Jesús prevé la cruz como resultado de su gestión profética: lo mismo habían hecho con los profetas anteriores. Por lo tanto, "seguir a Jesús", ser su discípulo no es predisponerse para obtener un cargo en el nuevo Israel liberado de la ocupación romana. Era algo verdaderamente inconcebible: apuntarse a la procesión de los crucificados por el poder, teniendo a Jesús como hermano mayor de la extraña cofradía.

Jesús termina con una paradoja: "perder la vida por el y por el evangelio" es ganarla. Es la única posibilidad de evitar esa constante tentación de incidir en la eclesiología satánica.